

Uso y abuso de la ideología en las relaciones políticas entre Estados Unidos y México durante los años veinte

Daniela Spenser Grollová

CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES
EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

El artículo explora los medios legales y propagandísticos que el gobierno de Estados Unidos y sus empresarios con intereses económicos en México utilizaron en los años veinte para que el gobierno mexicano desistiera de la aplicación de las reformas contenidas en la Constitución de 1917

INTRODUCCIÓN

Dios nos hizo vecinos, que la justicia nos haga amigos. El primer paso hacia la justicia es dejar de hacer declaraciones falsas y hostiles sobre México.

William E. Borah, 1927

Durante la revolución y el periodo de la reconstrucción en los años veinte, Estados Unidos fue considerado en México un poder intervencionista. La complicidad del embajador estadounidense Henry Lane Wilson en el asesinato del presidente

y vicepresidente mexicanos en 1913, seguida por la intervención de Estados Unidos en 1914 para que Victoriano Huerta renunciara a la presidencia de la república que había tomado ilegítimamente, fueron los casos más notorios de la intervención de ese país en los asuntos internos de México. Con menos descaro, el gobierno de Estados Unidos intervino reconociendo, o negándose a reconocer, a las diferentes facciones revolucionarias, y de esta manera permitió o impidió que una u otra adquiriera armas del otro lado de la frontera.

Washington reconoció la legítimi-



dad de los constitucionalistas *de facto* en 1915 y *de jure* en 1917. Rompió relaciones con México en 1920 después del asesinato del presidente Carranza y al asumir Álvaro Obregón el poder mediante el uso de las armas. Después de tres años de negociaciones, en 1923 el gobierno de Estados Unidos reconoció al gobierno mexicano. Durante estas negociaciones, el gobierno de México aceptó pagar las reclamaciones de los estadounidenses que habían sufrido daños materiales durante la revolución, y se comprometió a no aplicar la Constitución de 1917 al pie de la letra. Desde entonces, Obregón pudo asegurarse que Estados Unidos levantara el embargo militar, además de impedir que las armas llegaran a su rival, Adolfo de la

Huerta, quien se levantó contra el gobierno en diciembre de 1923. Cuando Plutarco Elías Calles asumió la presidencia en 1924, se negó a adherirse estrictamente a los acuerdos tomados el año anterior entre Obregón y el gobierno de Estados Unidos, y trató de que la Constitución se aplicara sin correpisas. Tras un breve respiro, Estados Unidos reanudó sus presiones sobre México, las que no cesaron hasta 1927. Entonces, el gobierno estadounidense se dio cuenta de que su política hacia México había causado más daños que acumulado beneficios, y retiró su apoyo a los empresarios que con beligerancia se negaban a someterse a las leyes mexicanas. En 1927 el Departamento de Estado cambió su política de tirantez por la política de la buena vecindad.

En realidad, desde que se promulgó la Constitución de 1917, el gobierno de Estados Unidos y grupos con intereses especiales recurrían a diferentes estrategias para someter al gobierno mexicano a jugar el papel tradicional, asignado para los países latinoamericanos, de proveer el mercado estadounidense de materias primas a precios ventajosos para los compradores y dejar sus puertas abiertas a la inversión extranjera irrestricta, sin imposiciones fiscales que disminuyeran las ganancias de los inversionistas. Explotando los conflictos sociales internos, los mismos grupos y el Departamento de Estado trataron, por diferentes medios, de debilitar e incluso socavar el nuevo terreno sobre el cual el gobierno mexicano tenía la esperanza de poder reconstruir la economía del país y reestructurar sus alianzas políticas.

Lo que sigue es una exploración de los medios que los inversionistas estadounidenses, en colusión con el Departamento de Estado, utilizaron para impedir la realización de la política reformista contenida en la Constitución de 1917.¹ Las estrategias variaron e incluyeron presiones políticas, boicots económicos, complots de diferentes niveles y actos de espionaje y contraespionaje. Su objetivo era obligar al gobierno mexicano a desistir de la

¹ La exposición de estos medios no quiere decir que el peso de la responsabilidad por la falta del cumplimiento de las reformas constitucionales recaiga enteramente sobre el poder externo. La oposición interna dentro y fuera del gobierno mexicano fue igualmente influyente, pero su papel queda fuera del marco de este trabajo.

aplicación de sus leyes y de su política reformista. Si bien es cierto que los pequeños empresarios y los banqueros estuvieron dispuestos a adaptarse a la nueva realidad mexicana, para el Departamento de Estado y los grandes empresarios era casi cuestión de principios oponérsele.

Para explicar la vehemente oposición de una parte del gobierno de Estados Unidos y de los grandes empresarios a la política reformista mexicana, no es suficiente aducir que las nuevas leyes afectaban los intereses de los inversionistas. Es cierto que Estados Unidos temía el impacto que la revolución mexicana podía tener sobre el resto de los países latinoamericanos que, igual que México, empezaron a reclamar el dominio sobre sus economías. Sin embargo, la oposición estadounidense a las políticas reformistas mexicanas no fue coyuntural, sino inherente a la trayectoria ideológica de la clase dominante estadounidense, explicable históricamente.

La vasta literatura que existe sobre las relaciones entre México y Estados Unidos durante y después de la revolución no desdeña la influencia de la ideología sobre su desenvolvimiento. Uno de los fenómenos que los historiadores han observado es el papel que el antibolchevismo (más tarde anticomunismo) ha jugado en las relaciones externas de Estados Unidos. Sin embargo, el antibolchevismo estadounidense ha sido considerado más bien como una aberración de su política exterior y no como algo sistemático e inherente a ella.²

² Véase, por ejemplo, Knight, *U.S.-mexican*,

En este trabajo examinaré primero el lugar del antibolchevismo en la trayectoria ideológica de la clase dominante estadounidense. En segundo lugar, demostraré cómo la percepción de los políticos del Departamento de Estado y de algunos empresarios, de que entre la revolución mexicana y la revolución bolchevique no mediaba ninguna diferencia, afectó la política exterior de Estados Unidos hacia México. Aunado a lo anterior, citaré casos que ponen en evidencia que, distinguiendo las diferencias entre una y otra revolución —una nacionalista, la otra anticapitalista— existía en el medio empresarial y en el gobierno de Estados Unidos un interés por perpetuar el mito de que la revolución mexicana era invariablemente confiscatoria. Para tal fin los medios de comunicación difundían sistemáticamente noticias sobre la existencia del bolchevismo al otro lado de la frontera. Finalmente, examinaré brevemente la política de Estados Unidos hacia México a partir de 1927, cuando la ideología del antibolchevismo dejó de ser el propulsor de sus relaciones exteriores y fue reemplazada por el pragmatismo político.

La revisión de la historia política de las relaciones entre México y Estados Unidos en los años veinte nos permite revalorar la política interna del gobierno mexicano. Con frecuencia se ha aducido que el gobierno del presidente Plutarco Elías Calles se volvió conservador en la segunda mitad de su

periodo, abandonando los principios revolucionarios que había abanderado durante su campaña presidencial y al iniciar su mandato en 1924. Generalmente se ha aducido que la política mexicana se volvió más moderada al llegar a un acercamiento con Estados Unidos.³

Sin justificar el abandono de la política reformista inscrita en la Constitución de 1917, quisiera proponer que las constantes tensiones entre Estados Unidos y México en los años veinte coadyuvaron (no determinaron) a la inestabilidad política y social, y junto con factores estrictamente económicos, contribuyeron a frenar la inversión estadounidense en México y a reducir el intercambio comercial. El cambio de política interna del gobierno mexicano respondió, en parte, a las presiones de Estados Unidos porque éste no coadyuvaba a la reconstrucción económica del país, y más bien contribuía a perpetuar el estado de inestabilidad política. El objetivo de este trabajo es demostrar el carácter y la dimensión de esas presiones.

LA IDEOLOGÍA DEL ANTIBOLCHEVISMO

Desde el final de la primera guerra mundial, pero sobre todo desde el estallido de la revolución bolchevique, los ideólogos del *status quo* en el gobierno de Estados Unidos y entre los empresarios llegaron a considerar las aspiraciones de las naciones más débiles con objeto de controlar sus desti-

1987, p. 97; Meyer, *Majestad*, 1991, pp. 227-230.

³ Carr, *Marxism*, 1992, p. 42.

nos como dañinas a sus intereses. Más aún, a lo largo de los años veinte la revolución bolchevique fue el acontecimiento histórico más significativo que despertó temores de la destrucción del *american way of life*.

En Estados Unidos el bolchevismo inspiró diversos matices de opinión política y de interpretación del curso histórico del momento, y fue representado por imágenes destructivas de la civilización. El gobierno, los empresarios y los medios presentaron al comunismo como una ideología ajena que buscaba destruir la libertad, la propiedad y la cristiandad.⁴

Percibido como una cruzada a lo largo y ancho del mundo, el bolchevismo animó temores de que se tratara de una conspiración antiestadunidense y contribuyó a distorsionar la percepción de la realidad. En consecuencia, un estilo paranoico se apoderó de la política estadunidense, gracias al cual se perdió de vista la notable discrepancia entre la debilidad o incapacidad de los conspiradores y la creencia en la existencia de una organización poderosa y monolítica que estaba a punto de derrocar a la república. Los que percibían la subversión del orden establecido raras veces pudieron identificar a enemigos concretos. A falta de enemigos tangibles, nombraban planes, influencias y maniobras de adversarios extranjeros. Más aún, la revolución bolchevique y la reacción estadunidense que provocó tuvieron un impacto sobre el mundo del espionaje. Cuando no se podían proporcio-

nar datos verificables que probaran la conspiración rusa en contra del mundo occidental, era común que las evidencias fueran inventadas.⁵

El nacionalismo económico mexicano antecedió a la revolución bolchevique,⁶ pero temerosos de la subversión soviética, los estadounidenses hicieron caso omiso de las raíces internas de la revolución mexicana. De esta manera, durante una parte de los años veinte los funcionarios y empresarios estadounidenses veían a México a través de sus lentes antibolcheviques. La Doctrina Monroe proporcionó la justificación regional para el antibolchevismo norteamericano: no solamente las naciones extranjeras, también las ideologías debían ser atacadas y excluidas del hemisferio occidental.⁷

Sin embargo, la base ideológica sobre la que se construyó el antibolchevismo o anticomunismo en Estados Unidos no se originó en 1917 a raíz de la revolución de Octubre y el proceso sociopolítico que desencadenó. Esa base ideológica fue inherente a la trayectoria histórica de Estados Unidos como una nación en constante expansión y en cuyo camino cualquier obstáculo se veía como dañino a sus intereses. Antes de la primera guerra mundial los gobiernos de Estados Unidos legitima-

⁵ Hofstadter, *Paranoid*, 1965, pp. 2-40; Davis, *Fear*, 1971, pp. XIII-XXIV; Knightley, *Second*, 1986, p. 78.

⁶ Riguzzi, "México", 1992, pp. 365-436.

⁷ Heale, *American*, 1990, pp. XI-XIV; Fried, *Nightmare*, 1990, pp. 3-16; Schoultz, *National*, 1987, p. 119.

⁴ Painter, *Standing*, 1987, p. XI.

ban intervenciones militares en aquellos países que, supuestamente, eran incapaces de proporcionar garantías para preservar las propiedades, las vidas y las empresas de los ciudadanos estadounidenses.

En general, éstos creían que su historia económica y social era un modelo universal, y que Estados Unidos estaba a la vanguardia del progreso mundial. La tecnología, el consumo masivo, la movilidad social, la prosperidad y la libertad eran los símbolos de la civilización estadounidense. Su promoción fuera de Estados Unidos fue acompañada por la creencia de que otras naciones podían y debían imitar su experiencia de desarrollo. La empresa privada, el acceso ilimitado al comercio e inversión dentro y fuera de sus fronteras, el flujo libre de información y cultura, y una creciente aceptación de la protección gubernamental de la empresa privada para estimular y regular la participación estadounidense en el intercambio internacional económico y cultural, llegaron a considerarse los raseros del papel de Estados Unidos en el mundo. Aunado a la fe en la supremacía racial de los blancos, los estadounidenses creían en su capacidad de perfeccionar y redimir a aquellas naciones que consideraban colocadas en un rango inferior en la escala evolutiva.⁸

No obstante que después de la primera guerra mundial disminuyó la declarada necesidad de la interven-

ción militar fuera del país para asegurar sus intereses, Estados Unidos no renunció a su papel de policía internacional. La guerra había fortalecido la economía estadounidense que de allí en adelante requeriría de mayores cantidades de materias primas, sobre todo de petróleo para la expansiva producción de automóviles, y de nuevos mercados para sus manufacturas.

EN BUSCA DE UNA POLÍTICA HACIA RUSIA Y MÉXICO, 1917-1923

Desde que llegó al poder en 1913, el presidente Woodrow Wilson —igual que sus antecesores— soñó con la globalización de los valores liberales estadounidenses a través de la fuerza económica de Estados Unidos y de la cooperación internacional. Wilson creía que de su aceptación universal dependían la prosperidad, el desarrollo, la paz y la democracia liberal en la mayoría de los países del mundo. Pero a diferencia de sus antecesores, Wilson creía en la necesidad de gobiernos constitucionales y en que el capitalismo imperialista de la anteguerra podía transformarse en un sistema capitalista responsable y democrático. Sin embargo, su énfasis en el derecho de la autodeterminación chocó con su convicción de que los principios del capitalismo liberal eran universales.

Los presidentes que siguieron a Wilson continuaron creyendo que existía una armonía entre los intereses de Estados Unidos y el resto del mundo y, como Wilson, hicieron caso omiso de diferencias de opiniones y prin-

⁸Rosenberg, *Spreading*, 1982, pp. 10-12, 143-144; Williams, *America*, 1976, p. 146; Hunt, *Ideology*, 1987, pp. 17-18 y 124.

cipios.⁹ En 1927, el presidente Coolidge expresó el punto de vista, entonces común, sobre la universalidad y la eternidad de los derechos de los estadounidenses a la propiedad privada en donde fuera: "Estos derechos son propios del ciudadano. Adonde va él, nuestro gobierno tiene la obligación de seguirlo."¹⁰ No fue sino hasta 1928 que el presidente electo Herbert Hoover se comprometió públicamente a llevar a cabo la política de no intervención en los países de América Latina. De allí en adelante, por lo menos hasta que Estados Unidos entró en el escenario bélico de la segunda guerra mundial, en 1942, su política exterior trató de ser respetuosa de las leyes y políticas que los países del hemisferio habían adoptado, y frenaba los ímpetus hostiles de los empresarios estadounidenses que las oponían.

A pesar de la incuestionable fuerza de su economía después de la primera guerra mundial, Estados Unidos no creía que pudiera preservar y estimular su importancia en el mundo solamente a través de una razonable política exterior. El país se sentía amenazado desde adentro.

Durante la guerra, Wilson estrechó las relaciones entre el gobierno y los sindicatos para alejarlos de los movimientos radicales anticapitalistas. Cuando la bonanza económica de los años de la guerra terminó en 1918, los obreros estadounidenses experimentaron la disminución de sus salarios, un

aumento de precios y un ataque a la democracia sindical, entendida como el derecho de los trabajadores a influir o controlar las condiciones de trabajo. No obstante, inicialmente al menos, los obreros siguieron aceptando la congelación de los salarios y mantuvieron la promesa de no organizar huelgas, como lo habían concertado durante la guerra. Cuando a partir de 1919 las huelgas proliferaron, los dirigentes empresariales las entendieron como un creciente radicalismo obrero, y buscaron la manera de eliminar los sindicatos y emplear a obreros no sindicalizados, denunciando a los huelguistas como elementos subversivos, no estadounidenses, involucrados en un complot contra la propiedad privada.¹¹

La preocupación por el creciente radicalismo interno aumentó a medida que los socialistas y los obreros de la International Workers of the World (IWW) salían a la calle a manifestar sus simpatías por la revolución bolchevique. La inspiración que la izquierda estadounidense recibía del ejemplo soviético se percibió como amenazante, sobre todo cuando las primeras planas de los periódicos citaban la confianza de los dirigentes soviéticos en las perspectivas favorables para un pronto estallido de la revolución mundial.¹²

Es cierto que en el primer año de la revolución bolchevique existieron varias posiciones hacia el régimen so-

⁹ Gilderhus, *Diplomacy*, 1977, pp. x-xi; Tulchin, *Aftermath*, 1971, p. vi.

¹⁰ Citado por Rosenberg, *Spreading*, p. 157.

¹¹ Foner, *U.S. labor*, vol. 1, 1988, p. 33; Montgomery, *Fall*, 1986, pp. 330-332; Leuchtenberg, *Perils*, 1958, p. 204; Singer, "Communists", 1991, pp. 132-157.

¹² Filene, *American*, 1968, p. 157; Draper, *American*, 1986, cap. 9.

viético dentro del gobierno estadounidense. Sin reconocer la legitimidad del régimen, el presidente Wilson no se opuso a colaborar con él. En cambio, su secretario de Estado, el anti-socialista radical Robert Lansing, se negó a entablar cualquier contacto con los soviéticos. Según Lansing, “el bolchevismo es la cosa más horrenda y monstruosa que el espíritu humano haya concebido”.¹³ A su vez, Herbert Hoover propuso un programa de ayuda alimentaria a los rusos con la esperanza de que la ayuda capitalista socavara la autoridad bolchevique ante los ciudadanos soviéticos. El secretario de Guerra, Newton Baker, quien luego se opondría a la intervención aliada en la Rusia Soviética en 1920, escribió al presidente en noviembre de 1918: “No sé si entiendo correctamente el bolchevismo. Lo que de ello entiendo no me gusta, pero siento que si les gusta a los rusos, están en su derecho de tenerlo.”¹⁴

Evidentemente, los acontecimientos que tenían lugar en la Rusia Soviética en el primer año de su existencia dejaron perplejo al gobierno de Estados Unidos. A fin de entenderlos mejor antes de tomar una posición definitiva hacia el régimen bolchevique, en febrero de 1919 el comité legislativo del Senado inició una investigación. Invitó a los empresarios y a los banqueros que habían vivido en Rusia antes de la revolución y que fueron testigos de los primeros meses del periodo revolucionario a presentar sus

testimonios. No obstante haber oído también algunos testimonios encomiosos de la esposa de John Reed, por ejemplo, el Comité concluyó su investigación con el veredicto de que la Rusia Soviética había llegado a ser “una amenaza para el mundo entero”.¹⁵ Ésta fue también la posición que adoptó el Departamento de Estado, donde los miembros de la inteligencia estaban cada vez más nerviosos por las actividades de los partidos comunistas inspirados en el ejemplo soviético.

Si bien es cierto que para 1921 la histeria antirroja desapareció de los encabezados de los periódicos, el anti-radicalismo se quedó en el gobierno, entre los empresarios, en la procapitalista American Federation of Labor, pero sobre todo en la conciencia pública. Además de ser asociado con todo lo que fuera antagónico a los ideales tradicionales de Estados Unidos y opuesto a la civilización occidental, el bolchevismo fue considerado una enfermedad contagiosa. En consecuencia, ante las reclamaciones nacionalistas de países tan lejanos como México y China, el resultado más importante de esta definición del bolchevismo fue la degradación de las causas internas de cualquier revolución al contagio soviético.¹⁶ De esta manera, cuando Estados Unidos fue confrontado con el nacionalismo económico mexicano, su gobierno, la

¹⁵ “United States inquiry into bolshevism: Lenine-Trotzky in Russia described by eye witnesses’ Views of sympanthisers”, *Current History*, vol. x, 1919, pp. 128-144.

¹⁶ Gardner, *Safe*, 1984, p. 203; Wilson, *Ideology*, 1974, pp. 5-6.

¹³ Citado en Gaddis, *Russia*, 1990, p. 105.

¹⁴ Citado por Filene, *Americans*, 1967, pp. 51-52.

comunidad empresarial y la AFL trabajaron por separado y en conjunto para impedir el avance de las reformas que, según percibían, cuestionaba la inviolabilidad de los contratos de negocios y obstaculizaba la libre expansión del capital estadounidense. Más aún, el nacionalismo revolucionario entendido como la amenaza al sistema global capitalista, amenazaba a los principios sobre los cuales descansaba el sistema estadounidense. El nacionalismo mexicano, representado por la Constitución de 1917, no sólo cuestionaba los preceptos del capitalismo liberal, sino que había llevado a México al caos. Los mexicanos aspiraban a alcanzar un gobierno constitucional y el desarrollo económico, pero eran incapaces de alcanzar sus metas sin ser guiados por Estados Unidos y asistidos por el capital estadounidense.

La confiscación de la propiedad privada fue el término legal que los empresarios con intereses en México y los funcionarios del gobierno utilizaban para definir la política económica mexicana. El bolchevismo fue utilizado como metáfora para una amalgama de características psicológicas, raciales y culturales, supuestamente inherentes a los ingenuos mexicanos, explotadas por los agentes comunistas extranjeros.¹⁷

Las ideas de los estadounidenses se reflejaron en su política hacia México: a lo largo de 1919 el secretario Lansing, el embajador en México, Henry Fletcher, y el secretario del Interior, Franklin Lane, enviaban mensajes oblicuos

¹⁷ Hunt, *Ideology*, pp. 108-111; Gilderhus, *Democracy*, p. XII; Williams, *Empire*, p. 148.

sobre la coexistencia pacífica pero en un tono amenazante. La iniciativa del senador por Nuevo México, Albert Fall, de intrigar en el Senado en contra del gobierno mexicano y del presidente Carranza, es bien conocida. El objetivo final de su cruzada antimexicana fue socavar la posición política de Carranza con la esperanza de que sin él la Constitución sería eliminada.¹⁸

Menos conocida es la expansión de una red de espionaje que se tendió entonces en torno a México. Desde 1919 el gobierno estadounidense reforzó el aparato de la inteligencia existente y creó nuevos aparatos de espionaje en México. La Oficina de Investigación (Bureau of Investigation del Departamento de Justicia, más tarde conocido como Federal Bureau of Investigation, FBI) había estado activa en México desde su fundación en 1908.¹⁹ En 1919 el gobierno envió a un agente de la Military Intelligence Division (MID, también conocida como G-2). Entonces la política de la inteligencia militar era compartir información con el Buró de Inteligencia para localizar a los radicales dentro y fuera de Estados Unidos. Además de estas dos ramas de inteligencia, la Oficina de la Inteligencia Naval del Departamento de la Marina

¹⁸ Gilderhus, "Senator", 1973, pp. 299-311; Smith, *United*, 1972, pp. 174-175. El prestigioso diario *New York Times* ayudó a fomentar la campaña difamatoria con artículos como, por ejemplo, "Russian reds in Mexico", 21 octubre 1918; "Say bolsheviki dominate Mexico", 12 marzo 1919; "Find russian reds work in Mexico", 15 noviembre 1919; "Washington sets time limit for Carranza to comply", 4 diciembre 1919.

¹⁹ Raat, *Revoltosos*, 1981.

envió a su agente a México. Todas las ramas de la inteligencia fueron subordinadas al Departamento de Estado, que coordinaba las relaciones entre ellas y evaluaba su funcionamiento.²⁰

A diferencia del Bureau of Investigation, la MID no tenía una experiencia previa de trabajo en México. Desde el inicio de sus funciones, su agente reunía una parte de la información de los periódicos locales; la mayor parte la aportaban informantes reclutados para este trabajo. Ignorante de la historia reciente de México, pero con una buena dosis de predisposición negativa hacia el país, el agente de la inteligencia militar no solía distinguir entre los sindicalistas y los comunistas, y entre el comunismo y el constitucionalismo.²¹

A principios de 1920 la campaña antimexicana en los periódicos y en el Senado de Estados Unidos, a la cual los servicios de espionaje contribuyeron, provocó un estado de emergencia en el gobierno de ese país. Esta situación se agravó por la incógnita de quién iba a suceder a Carranza en la presidencia. La incertidumbre estimuló fantasías tales como la telegrafía a la embajada estadounidense en México en marzo de 1920: "El Departamento [de Estado] ha sido informado que un tal Pismer llegó a México enero 1. [Se] sospecha que es agente bolchevique. Favor de investigar y avisar por telegrama."²²

²⁰ Power, *Secrecy*, 1987, p. 56; Jones, *American*, 1977, pp. 49-53.

²¹ Edgar Burr, mayor de caballería, México, 25 agosto 1919 y 10 septiembre 1919, U.S. Military Intelligence Division (en adelante MID), rollo 1, exp. 1280 y 1658.

²² Departamento de Estado a la embajada de Estados Unidos en México, Washington, 27

Los diplomáticos estadounidenses en México estaban nerviosos frente a las próximas elecciones. Su nerviosismo fue notado por los británicos quienes informaron a su Ministerio del Exterior que

el aire está cargado de intrigas y el Departamento de Estado gasta una buena cantidad de dinero de sus servicios secretos observando el desarrollo de los acontecimientos. Hace poco llegó a la embajada información de buena fuente indicando que el Departamento de Estado apoyaba a Félix Díaz. En nuestras conversaciones, Mr. Fletcher generalmente muestra preferencia personal por González. Pero en realidad Estados Unidos carece de una verdadera política, como siempre, y continuará así hasta que el presidente Wilson haga algo.²³

Sin embargo, a principios de 1920 Wilson todavía no resolvía las enmarañadas relaciones entre México y Estados Unidos. En consecuencia, en febrero de 1920 el embajador Fletcher y el cónsul general Chamberlain renunciaron "en protesta por la actitud del presidente Wilson hacia los extravíos de este gobierno". Según el diplomático británico, Fletcher "ha tomado la posición, junto con muchos miembros del Congreso en Washington, de que tiene que encontrarse una manera

marzo 1920, en U.S. Department of State Archives, Records Relating to the Internal Affairs of Mexico (en adelante USDSARIAM), grupo 59, rollo 90, exp. 812.00B/132.

²³ Cunard Howard Cummins a Lord Curzon, México, 15 marzo 1920, Public Record Office, Foreign Office 371, exp. 4491/114 (en adelante, PRO, FO).



de poner orden en la casa mexicana y de restaurar el sacrificado prestigio de Estados Unidos”. En una charla confidencial con el inglés, Fletcher opinó que “la única política adecuada para la situación mexicana era el uso de la fuerza que impondría el respeto por los derechos internacionales y por las instituciones extranjeras”.²⁴ El británico concordaba con su contraparte estadounidense en que nada menos que la abolición del artículo 27 podía lograrlo.

En la segunda mitad de 1920 el presidente Wilson trató de remediar la relación tirante entre los dos países y

envió a México a George Creel, su exitoso propagandista de los años de guerra, y a Henry Morgenthau, su candidato para reemplazar a Fletcher como embajador. Morgenthau estaba convencido de que solamente reconociendo al gobierno mexicano se lograría una mayor estabilidad en el país. Sin embargo, los senadores republicanos Henry Cabot Lodge y Albert Fall, bloquearon la nominación de Morgenthau en el Senado para impedir que Estados Unidos reconociera al gobierno mexicano y, por tanto, normalizara sus relaciones con México.²⁵ Albert Fall insistió en que Estados Unidos no podía

²⁴ Lindsay al Foreign Office, Washington, 23 de enero de 1920, PRO, FO 371, exp. 4490/157.

²⁵ Gardner, “Woodrow”, en Link, *Woodrow*, 1982, pp. 37-38.

alcanzar una relación de cooperación con México mientras su gobierno no "interpretara la Doctrina Monroe como los demás países de América Latina". Las ideas del intransigente Fall hicieron eco entre los inversionistas, que creían, al igual que él, que si el nacionalismo económico de México quedaba sin oposición, otros países de América Latina iban a seguir su ejemplo.²⁶ Ésta fue la posición que adoptó el gobierno de Warren G. Harding, quien llegó al poder en marzo de 1921, y en el cual Albert Fall fue nombrado secretario del Interior.

EN BÚSQUEDA DE LA SOLUCIÓN FINAL

Para Álvaro Obregón, quien había llegado a la presidencia en diciembre de 1920, la constelación de fuerzas en Estados Unidos respecto a México era desfavorable a principios de 1921. Uno de los puntos espinosos en las relaciones entre los dos países fue la compensación a los propietarios estadounidenses por los daños que habían sufrido durante la revolución y a causa de la aplicación de las leyes agrarias en el campo y en los campos petroleros. De su resolución positiva dependía el reconocimiento del gobierno mexicano por parte del de Estados Unidos.

En cuanto Obregón tomó el poder, buscó la manera de llegar a un entendimiento con Estados Unidos. Varios emisarios suyos visitaron la capital

estadunidense y cabildearon en el Congreso y ante la AFL. Además, Obregón contrató al experimentado periodista inglés Emile Dillon para que escribiera artículos y libros encomiásticos sobre él, sus intenciones y sus logros.²⁷

Sin embargo, para contrarrestar los esfuerzos mexicanos por llegar a un entendimiento con Estados Unidos sin sacrificar las reformas constitucionales y sin ahuyentar a los inversionistas extranjeros, varios individuos cercanos a la cúpula del poder presentaron al secretario de Estado Charles Evans Hughes planes para recuperar el terreno político perdido por Estados Unidos en México y darle una solución final al conflicto entre los dos países. Intrigantes irresponsables como el juez F. J. Kearful, antiguamente consejero del comité del Senado encabezado por Fall; Manuel Calero, un adversario de Obregón, y el empresario William F. Buckley, concibieron por separado planes para derrocar al gobierno mexicano por un medio u otro.²⁸ Hughes rechazó sus propuestas estrafalarias una y otra vez.

Otro proyecto quimérico que le fue presentado al secretario Hughes fue concebido por el empresario de Nueva York Henry Marsh, quien se interesó en invertir en México, y por el coronel Arthur Woods, un antiguo policía en Nueva York y sobrino, por casamiento, del magnate financiero J. Pierpont Morgan. Ambos hombres tenían experiencia en la persecución

²⁶ Hanna al secretario de Estado, México, 26 octubre 1920, USDSARIAM, rollo 73, exp. 812.00/24759.

²⁷ Véase, Dillon, *Mexico*, 1921 y *President*, 1923.

²⁸ Smith, *United*, pp. 194-201.

de radicales en Estados Unidos. Woods había participado en el ataque a la sede del movimiento hindú antibrítánico en 1917. Por su parte, Marsh había sido miembro de la American Defense Society, una asociación privada que se dedicaba al descubrimiento de individuos de reputación radical.

Marsh creía que el comunismo estaba en la raíz del problema mexicano y, junto con Woods, quiso reunir evidencias y presentarlas al Departamento de Estado para comprobar que el peligro rojo estaba a punto de dominar a México. De esa manera Marsh y Woods buscaban impedir que Estados Unidos reconociera al gobierno de México.

En febrero de 1921 Marsh y Woods contrataron a Jacob Nosovitsky para que viajara a México y consiguiera la necesaria evidencia. Nosovitsky era ucraniano de origen. Antes de la revolución de Octubre había sido miembro del partido bolchevique, pero la revolución lo decepcionó y se salió del partido. Después de abandonar Rusia Soviética en 1919 ofreció sus servicios a Scotland Yard y al Departamento de Justicia con el objetivo de ayudar a combatir la expansión del comunismo. Hasta 1921 llevó a cabo varios encargos de espionaje en las filas comunistas estadounidenses y los realizó a plena satisfacción de sus superiores.

Por ser un agente de la Oficina de Investigación con la experiencia necesaria, Marsh y Woods solicitaron los servicios de Nosovitsky. Le dieron a entender que en México existía un poderoso movimiento comunista que representaba un peligro para Estados Unidos. Le ofrecieron 25 000 dólares por el trabajo.

Gracias a su conocimiento del mundo ilegal de los comunistas en Estados Unidos, Nosovitsky pudo engañar a Linn Gale, el fundador de un insignificante Partido Comunista de México, y convencerlo de que tenía relaciones estrechas con Moscú. Entre los dos escribieron una carta a Grigory Zinoviev, el presidente de la Internacional Comunista (Comintern), retratando a México como el baluarte del comunismo continental. En una de sus partes, la carta decía:

Aseveramos con plena seguridad que en ningún país del mundo existen las mismas perspectivas para una pronta revolución comunista que aquí en México. Es seguro que las llamas de la revuelta encendida en México alcanzarán a toda América Latina, y quizá servirán para prender el fuego también en Estados Unidos.²⁹

Nosovitsky fabricó además otro documento que evidenciara que el Partido Laborista, de Luis Morones, se había adherido a la Comintern.

Con los dos documentos en mano, Nosovitsky regresó a Nueva York. Al verlos, Marsh decidió que necesitaba “documentos adicionales más convincentes que probarían de una manera

²⁹ “Soviet spy worked his way into a U.S. secret service”, *New York American*, 4 octubre 1925. La historia que Nosovitsky entregó a la cadena Hearst para que la publicara se puede corroborar en Draper, *Roots*, 1957, p. 236. *Excélsior* reprodujo varios de los artículos publicados por *New York American*. Véase, por ejemplo, “Toda una vasta conspiración comunista fue fraguada en México por dos audaces y peligrosos aventureros”, 21 septiembre 1921.

contundente que en México existía un poderoso cuerpo de comunistas capaz de derrocar al gobierno y de establecer un gobierno de tipo soviético". Entonces Nosovitsky mandó a hacer un sello en ruso para que su siguiente documento tuviera una apariencia más auténtica. Este documento probaba que se había creado "el Consejo Comunista del Ejército Rojo de México" para "organizar un poderoso ejército de obreros, campesinos y soldados de México, preparado para actuar prontamente bajo las órdenes del Consejo".³⁰

Complacidos con las nuevas evidencias, y con el conocimiento de J. Edgar Hoover, quien dirigía la Oficina de Investigación, Marsh, Nosovitsky y Woods llevaron los documentos al Departamento de Estado en abril de 1921. Como no pudo entrevistarse con el secretario ni con el subsecretario —narra Nosovitsky—, Marsh dejó la carpeta con los papeles en una oficina, convencido "de que el reconocimiento de México sería pospuesto".³¹

En 1925 el entonces subsecretario de Estado, Henry Fletcher, desde luego negó que los documentos hubieran influido en la decisión del Departamento de Estado sobre el reconocimiento de México. Si bien no se puede concluir que los documentos fabricados por Nosovitsky lograran el propósito de Marsh y Woods, son un testimonio de la falta de escrúpulos de aquellos individuos que, por defender

sus intereses, actuaron sin principios y en contra de los intereses de México. Si aceptamos el testimonio de Nosovitsky, su intriga exhibe además la connivencia del Departamento de Justicia en la fabricación de documentos falsos, elaborados para servir como un instrumento político. El significado de los documentos falsificados por Nosovitsky estriba también en el hecho de que, después de que su autor salió de México, los documentos entraron en circulación y llegaron a las manos del agente de inteligencia de la oficina del Departamento de Estado en México. Citando palabra por palabra el texto que Nosovitsky había inventado, el agente informó que en México se preparaba una revolución bolchevique.³²

Si bien no se puede determinar de manera concluyente que los documentos falsificados por Nosovitsky influyeron sobre el secretario de Estado, es innegable que el fantasma del bolchevismo afectó al secretario Hughes. Al hablar ante una cámara de comercio, según *El Universal*, el secretario veía un paralelo entre la Rusia Soviética y el México gobernado por Obregón. En esa ocasión, inclusive acusó al gobierno mexicano de dejar que consejeros soviéticos enseñaran a los funcionarios mexicanos "los trucos comunistas".³³ Cuando Thomas Lamont, quien representaba el Comité Internacional de los Banqueros, se acercó al secretario para que le diera luz verde a fin de

³⁰ "Super spy tells how I faked the constitution of the Red Army in Mexico to scare the U.S.", *New York American*, 27 septiembre 1925.

³¹ *Ibid.*

³² "Memorandum", sin firma, Departamento de Estado, 13 abril 1921, USDSARIAM, rollo 90, exp. 812.00B/52.

³³ "Lo que piden a México los E. Unidos", *El Universal*, 5 mayo 1922.

iniciar las negociaciones con el gobierno mexicano sobre la deuda externa, trató de explicarle a Hughes que no se debía poner a México en la misma categoría que a la Rusia Soviética. Lamont puso énfasis en que los desacuerdos entre México y Estados Unidos eran por problemas económicos concretos y no por diferencias ideológicas.³⁴ El cabildeo de Lamont en el Departamento de Estado y en el Congreso abrió el camino para que Estados Unidos negociara con México el pago de su deuda externa. Finalmente, en agosto de 1923 el gobierno de Estados Unidos reconoció la legitimidad del gobierno mexicano.

Sin embargo, las premisas ideológicas sobre las cuales el Departamento de Estado le negaba el reconocimiento diplomático al gobierno mexicano, no desaparecieron. Más bien el reconocimiento significó que el gobierno de Estados Unidos aceptó que sus intereses podían ser protegidos mejor bajo un gobierno estable,³⁵ pues los individuos que habían criticado la Constitución mexicana desde 1917, abogando por medidas drásticas para obligar al gobierno mexicano a desistir de su política reformista, permanecieron en altos puestos de la administración. Henry Fletcher llegó a ser el subsecretario de Estado, y Matthew Hanna, quien había sido uno de los cónsules en la embajada, fue nombrado para dirigir el Departamento de Asuntos Mexicanos en el Departamento de Estado. Los dos mantuvieron estrechos

contactos con la inteligencia militar. Estos funcionarios, así como los departamentos que representaban, seguían rechazando el nacionalismo económico mexicano como un medio legítimo para mejorar el bienestar del país.³⁶

La vigilancia de México por los diferentes aparatos de la inteligencia de Estados Unidos persistió, y en retrospectiva indica la seriedad con que el Departamento de Estado seguía considerando el problema del nacionalismo económico. La primera guerra mundial le había dado un gran empuje a la economía de Estados Unidos, que veía con preocupación las perspectivas de la sobreproducción sin los mercados latinoamericanos. América Latina absorbía las manufacturas estadounidenses y proporcionaba las materias primas, de las cuales el petróleo era el más apreciado. Este flujo vital debía ser preservado. Así, la profunda preocupación del Departamento de Estado por la posibilidad de que el nacionalismo —entre algunos funcionarios sinónimo de bolchevismo—, que alcanzara las diferentes avanzadas del capitalismo estadounidense en América Latina, siguió sin disminuir a lo largo de los años veinte. No sorprende

³⁴ Smith, *United*, p. 331.

³⁵ *Ibid.*, pp. 219-223.

³⁶ "Summary of the principal factors menacing the Obregón administration in Mexico and biographical sketch of principal leaders involved", Military Intelligence Division, 4 marzo 1922, MID, rollo 1; Paul Foster al secretario de Estado, Veracruz, 27 abril 1922, USDSARIAM, rollo 78, exp. 812.00/25590; Hanna al secretario de Estado, Washington, 16 y 20 junio 1922, exps. 812.00/26029 y 26060; "American-mexican special commission", 12 mayo 1923, MID, rollo 1, exp. 3895, y 2 junio 1923, exp. 3935.

entonces que cuando el equipo de los diplomáticos estadounidenses llegó a México después del reconocimiento, su trabajo primordial consistió en tratar de regresar al *status quo* prerrevolucionario.

LA POLÍTICA DE LA CONFRONTACIÓN, 1924-1927

En octubre de 1924 James Rockwell Sheffield fue nombrado el nuevo embajador de Estados Unidos en México. Para este abogado republicano, acomodado y conservador, la vida en México fue una tribulación. Una vez le escribió al presidente Coolidge que solamente las rosas en flor en el jardín de la embajada le permitían descansar “de los deprimentes contactos oficiales”.³⁷

Sheffield carecía de cualquier experiencia diplomática, no conocía el español y no sentía ninguna simpatía por el país de su asignación. Este novato en el servicio exterior compartía el punto de vista, común en su medio, que sostenía que la diplomacia debía estar al servicio de la promoción del comercio y los negocios.³⁸

Sheffield tenía una percepción distorsionada de México, y una sesgada

interpretación de la información que recibía nutría las conclusiones y recomendaciones que formulaba al Departamento de Estado. Su equivocado entendimiento del ambiente político mexicano provocó tensiones y agrandó los conflictos latentes en las relaciones entre los dos países. Además, el embajador estaba dispuesto a creer cualquier rumor que corriera en el medio diplomático o los chismes que le traían los periodistas de su confianza. Bajo la influencia de sus propias predisposiciones, reforzadas por la insistencia de las grandes empresas estadounidenses para que el Departamento de Estado presionara al gobierno mexicano a desistir de la aplicación del artículo 27, Sheffield no negociaba, sino que portaba ostensiblemente un “gran garrote” al tratar con los funcionarios mexicanos. Cuando Sheffield fue retirado de México en 1927, las relaciones entre los dos países llegaron a su punto más bajo.

Al embajador le tocó en suerte llegar a México después de que el gobierno de éste acababa de reconocer al gobierno de la Unión Soviética. Sintiendo incómodo en un país que celebró la reanudación de relaciones diplomáticas con una nación con la que Estados Unidos se negaba a hacerlo y a la que consideraba como la maldita entre las naciones, Sheffield no tardó en concluir que el programa del presidente electo, Plutarco Elías Calles, no difería del programa del gobierno bolchevique.³⁹

Fue una rara coincidencia que Shef-

³⁷ Sheffield a Coolidge, México, 7 mayo 1926, Record Group 59, Records of the Department of State Relating to Political Relations between the United States and Mexico (en adelante USDSAPRUM), rollo 5, exp. 711.12/755.

³⁸ Heinrichs, *American*, 1986, p. 100. Véase también, Horn, “Embajador”, 1970, pp. 265-284 y del mismo autor “U.S. Diplomacy”, 1975, pp. 31-45.

³⁹ Gaddis, *Russia*, p. 105.

field llegara a México casi al mismo tiempo que el embajador soviético Stanislav Pestkovsky y pudo advertir la cordial bienvenida que éste recibió en Veracruz al bajar del barco y en la estación de Buenavista al llegar a la capital. El día que se escogió para que el embajador soviético presentara sus credenciales ante el gobierno mexicano fue el simbólico 17 de noviembre, aniversario de la revolución bolchevique. Después de haber cumplido con el protocolo diplomático, Pestkovsky se quitó la corbata y esa misma tarde se reunió con los obreros e intelectuales comunistas.

Un empleado de la embajada de Estados Unidos siguió a Pestkovsky e informó a sus superiores sobre lo que había visto y oído. El reporte oficial de la embajada al Departamento de Estado citó el discurso del representante soviético como una exhortación a los obreros mexicanos a adoptar la teoría marxista de la revolución porque permitía hacer un análisis preciso de la situación política y social, y de esa manera se podía "proseguir correctamente la lucha".⁴⁰

La embajada de Estados Unidos consideró la diplomacia soviética tan poco ortodoxa como un anatema contra el orden y una ofensa al decoro. Para manifestar su malestar, Sheffield cometió su primer *faux pas* al negarse a asistir a la toma de posesión de Calles como presidente de México el mismo mes de noviembre de 1924. El embajador

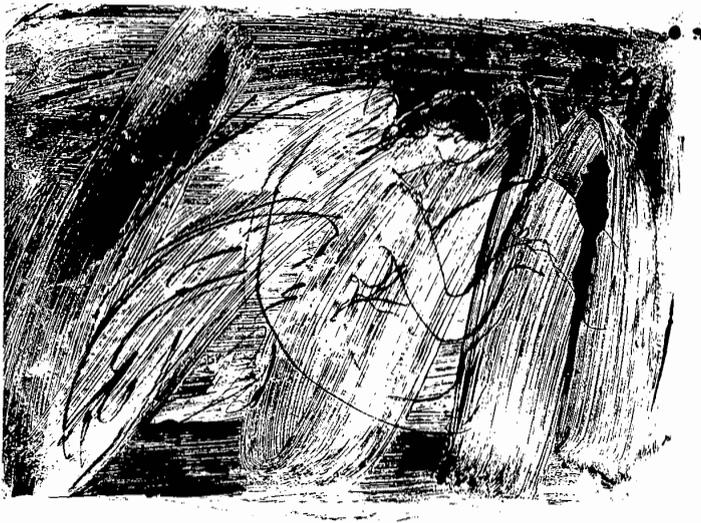
defendió su posición ante el secretario de Estado aduciendo que temía que su presencia al lado del representante soviético pudiera crear una situación "embarazosa" entre el cuerpo diplomático. Además, Sheffield quería darles una lección a los mexicanos: si no asistía a la ceremonia, demostraba que, no obstante de que la transmisión del poder de Obregón a Calles fue la primera transferencia pacífica del mando en catorce años, el acto no debía celebrarse, sino considerarse como algo normal. El secretario Hughes tuvo que llamarle la atención a Sheffield y urgirlo a que asistiera a la toma de posesión de Calles. Su presencia allí no significaba el reconocimiento de Estados Unidos al régimen soviético.⁴¹

Pero las tribulaciones de Sheffield en México apenas empezaban. Desde los acuerdos de Bucareli entre el gobierno mexicano y el estadounidense en 1923, las reformas sociales de la Constitución estaban dormidas. Se esperaba que Calles las dejara así. Tanto la prensa de Estados Unidos como la embajada se mostraron complacidas porque el gobierno mexicano parecía no permitirles a los comunistas mano libre. También la comunidad de los *businessmen* en México estaba optimista respecto a que Calles no iba a tolerar la interferencia "bolchevique" en la propiedad privada.⁴²

⁴¹ Sheffield al secretario de Estado, México, 14 noviembre 1924; Hughes a Sheffield, Washington, 14 noviembre 1924, USDSARIAM, rollo 84, exp. 812.00/27448.

⁴² *The New York Times*, "Mexicans oust bolsheviks", 21 noviembre 1924; "Ask mexicans to oust reds", 2 enero 1925; Alexander Weddell al

⁴⁰ Schoenfeld al secretario de Estado, México, 2 diciembre 1924, USDSARIAM, rollo 90, exp. 812.00/85.



Sin embargo, hacia abril de 1925 Sheffield reconsideró la actitud positiva que había tomado en marzo hacia Calles. Varios factores contribuyeron a ello: según el embajador, el presidente mexicano no logró frenar la aplicación de la ley agraria; se mostró demasiado indulgente hacia los obreros, y no acudió a los estadounidenses y “a los mexicanos cultos de la época de Díaz” [sic] para ayudar a resolver los problemas existentes.⁴³ Tanto la inte-

ligencia militar, como Sheffield, estaban alarmados por el creciente poder del dirigente cromista Morones, de quien se decía que aspiraba a la presidencia. Sheffield anotó consternado que, bajo la dirección de Morones, la CROM “demuestra más influencia rusa que la American Federation of Labor”.⁴⁴

En las cúpulas empresarial y política estadounidenses se sabía que el gabinete del gobierno mexicano estaba dividido respecto a la extensión y el ritmo con que las reformas constitucionales debían ser aplicadas. Se conocía que el antagonismo de Estados Unidos a las

secretario de Estado, México, 6 enero 1925, USDSARIAM, rollo 83, exp. 812.00/495; Sheffield al secretario de Estado, México, 17 marzo 1925; rollo 90, exp. 812.00B/89.

⁴³ Sheffield al secretario de Estado, México, 6 abril 1925, USDSARIAM, rollo 83, exp. 812.00/27533.

⁴⁴ Informe de G-2, México, 20 abril 1925, MID, rollo 1, exp. 165.

reformas, motivó a algunos funcionarios mexicanos, como el secretario de Hacienda Alberto J. Pani, a pedir que se actuara con cautela en la puesta en práctica de la reforma agraria a fin de no ahuyentar capitales extranjeros y poder encaminar al país hacia la estabilización económica. Tampoco era un secreto que, a diferencia de Pani, el ingeniero agrario Marte R. Gómez favorecería un reparto radical de la tierra.⁴⁵

En mayo de 1925, apenas seis meses después de su llegada, Sheffield regresó a Estados Unidos para conversar con el secretario de Estado, Frank Kellogg, convencido de que México necesitaba una severa advertencia. En junio de 1925, Kellogg expresó públicamente su famosa invectiva de que el gobierno de México estaba ante el juicio del mundo. Su declaración provocó una ola de protestas en México y en los círculos progresistas de Estados Unidos. Con la misma arrogancia con la que pronunció su enjuiciamiento, Kellogg rechazó las protestas y añadió que una vez que la conmoción en torno a la "imaginaria amenaza de la interferencia extranjera" amainara, los mejores elementos conservadores en el gobierno apoyarían el programa con el que Calles había tan felizmente comenzado su periodo presidencial, y del que "por desgracia se ha desviado recientemente".⁴⁶

¿Qué provocó la nueva crisis en las relaciones entre México y Estados Uni-

⁴⁵ Haynes, "Order", tesis doctoral, 1981, pp. 110-128.

⁴⁶ Kellogg a Sheffield, Washington, 15 de junio de 1925, USDSAPRUSM, rollo 4, exp. 711.12/548.

dos?, se preguntó el *New York Times*. El coronel James Reeves, de la MID tampoco tenía una respuesta a la pregunta de por qué las relaciones entre los dos países cambiaron tan bruscamente. El capitán Boggart, del Estado Mayor de la inteligencia militar, opinó que la declaración de Kellogg era una señal de que "Estados Unidos estaba dispuesto a tomar cualquier medida a fin de proteger los intereses estadounidenses y los derechos de los demás extranjeros, y para obligar al gobierno mexicano a respetar sus compromisos y obligaciones internacionales".⁴⁷

Además de lo que Kellogg admitió públicamente como la razón para su condena hacia el gobierno mexicano en junio de 1925, hay otras evidencias que la explican. En marzo anterior, el comisario de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, Georgy Chicherin, declaró en Moscú que el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con México constituía una base conveniente para la expansión de las relaciones políticas de la Unión Soviética en el nuevo mundo.⁴⁸ La declaración de Chicherin escandalizó a los estadounidenses. Aunado a lo anterior, y tal vez no por mera coincidencia, volvieron a circular en México y Estados

⁴⁷ "What lies back of new mexican crisis", *The New York Times*, 21 junio 1925; Coronel James Reeves, "Memorandum for the chief of staff", 18 junio 1925, MID, rollo 1, exp. 592; James Bogart, "Memorandum for the chief of staff", 17 junio 1925, MID, rollo 1, exp. 607.

⁴⁸ Vadillo a SRE, Moscú, 30 abril 1925, Archivo Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante ADSRE), exp. 18-22-86; Clissold, *Soviet*, 1970, p. 87.

Unidos los documentos que Nosovitsky había fabricado en 1921. Con el título “Red rule hangs over Mexico” (“Un gobierno rojo se cierne sobre México”), el nombre de Obregón fue reemplazado por el nombre de Calles en el folleto, y el presidente fue presentado como el comandante en jefe del “ejército rojo de México”.⁴⁹ Aunque se trata de una inferencia, es posible suponer que si el folleto llegó a la embajada británica a fines de 1924, y de allí fue enviado a la cancillería, igualmente pudo haber llegado a la embajada estadounidense y de allí ser enviado al Departamento de Estado en Washington para luego formar el expediente condenatorio sobre México.

A raíz de la confluencia de los diferentes factores, la opinión de los halcones en Estados Unidos se endureció aún más. Los antiguos enemigos de México volvieron a cabildear para que el gobierno estadounidense le diera una solución radical al problema mexicano. El antiguo embajador, Henry Lane Wilson, por ejemplo, escribió al senador Moses:

Si Calles se somete a las demandas de Kellogg, los elementos agrarios y laboristas lo derrocarán en México, y si reta a nuestro gobierno, debería ser derrocado por De la Huerta en connivencia con nuestro gobierno. Si vamos a tener problemas en México, pongamos a los mexicanos en la avanzada.⁵⁰

⁴⁹ Mexico and communism: series of articles dealing with the hold that communistic forces have over Mexico and its present government”, 11 noviembre 1924, PRO, FO 371, exp. 9563; *The New York American*, 27 de septiembre de 1925.

⁵⁰ Henry Lane Wilson al senador George H.

En realidad, el plan de utilizar a De la Huerta (exiliado entonces en Estados Unidos) para derrumbar al gobierno de Calles es corroborado por el mismo ex secretario de Hacienda en sus *Memorias*. Dado que De la Huerta las publicó para exonerarse de la inculpación de haber actuado en contra de los intereses de la nación cuando en diciembre de 1923 se rebeló contra el gobierno de Obregón, su descripción de la propuesta estadounidense para participar en el complot contra Calles no debe tomarse al pie de la letra. Tampoco debe descartarse que se le hizo tal propuesta. Según De la Huerta, después de algunas negociaciones preliminares, el ex secretario declinó su participación en la aventura que le habían propuesto los empresarios estadounidenses no solamente porque le remordía la conciencia, sino porque no se pudo poner de acuerdo con sus seguidores sobre cómo se repartirían el poder después de haberlo conquistado.⁵¹

Otro complot para derrocar al gobierno mexicano fue presentado al subsecretario de Estado, Joseph C. Grew, en febrero de 1926. Howard T. Oliver, presidente del comité ejecutivo de la organización neoyorkina The Mexico Pilgrims, le presentó a Grew un plan mediante el cual los empresarios estadounidenses y los “grupos revolucionarios” en México colaborarían para hacer caer al gobierno. No obstante que Grew creía en la aplica-

Moses, Indianápolis, 16 junio 1925, USDSAPRUM, rollo 4, exp. 711.12/564.

⁵¹ Guzmán Esparza, *Memorias*, 1957, p. 283.

ción de mano firme en América Latina y consideraba que el gobierno mexicano manifestaba “algo de miopía oriental”, rechazó el plan de Oliver porque Estados Unidos tenía la obligación de “asegurar gobiernos constitucionales en aquellos países”.⁵²

Sin embargo, no todos los funcionarios del gobierno estadounidense defendían el principio de respeto a la constitucionalidad. La diplomacia del mismo Kellogg combinaba la amenaza con las bravatas hacia México, y en el Departamento de Estado se apoyaba cada vez más a su antiguo socio y entonces asistente Robert Olds, dejando a Grew ignorante de los pasos que iba a seguir. En 1926 Kellogg y Olds encontraron los motivos para provocar la buscada confrontación abierta entre México y Estados Unidos.

Además de la ya conocida ayuda logística de Calles al gobierno nicaragüense de Juan Sacasa, la otra gran oportunidad que se le presentó al gobierno de Estados Unidos para confrontar al gobierno mexicano fue la retirada del embajador Pestkovsky y la llegada de Alexandra Kollontay a México para reemplazarlo. A pesar de que la estancia de Kollontay en México fue breve, de apenas siete meses, fue suficiente para que se inventaran fábulas sobre su supuesta instigación de levantamientos revolucionarios, tanto en Estados Unidos como en el sur de la frontera mexicana.

La llegada de Kollontay a México a fines de octubre de 1926 le proporcio-

no a Olds la esperada oportunidad para hacer explotar una bomba propagandística. El 16 de noviembre Olds llamó a los periodistas de los principales diarios y les pintó un cuadro de tonos amenazantes para la seguridad nacional. Según el asistente del secretario, las actividades de los comunistas se filtraban de México a Centroamérica y amenazaban el Canal de Panamá. La bomba lanzada por Olds no tuvo la resonancia que el funcionario había deseado porque solamente la agencia Prensa Asociada publicó la noticia. Pero el asunto no quedó allí. En diciembre de 1926 la División de Asuntos Mexicanos del Departamento de Estado escribió un memorando al presidente sobre las perniciosas influencias socialistas en México. Finalmente, en enero de 1927 el secretario Kellogg culminó la guerra de propaganda contra México al dejar en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado una carpeta con documentos probatorios de los objetivos y políticas bolcheviques en México y América Central. A través de una compilación de 107 documentos —recortes de periódicos rusos, manifiestos de la Internacional Comunista, declaraciones de los dirigentes bolcheviques, de la AFL, de la CROM y de los presidentes mexicanos— Kellogg quería probar que México se había convertido en cabeza de playa de la revolución mundial comunista en América Latina dirigida desde Moscú.⁵³

⁵² Grew, *Turbulent*, 1953, p. 669; Heinrichs, *American*, pp. 109-110.

⁵³ Ellis, *Frank*, 1961, p. 38; “Memorandum: radical and socialistic influences in Mexico”, de Wm. S. Howell, Jr., Division of Mexican Affairs, Department of State, Washington, 14 diciembre

Esta última agresión en contra del gobierno mexicano por parte del gobierno estadounidense no fue mayor que las anteriores. Si lo golpeó más duramente fue por haber sido una de tantas. Los efectos de las agresiones del vecino del norte fueron acumulativos, y contribuyeron al desgaste del régimen que durante los siete años anteriores buscó la manera de llevar a cabo las reformas constitucionales pero sin perder el concurso de los capitales extranjeros para poder realizarlas. El régimen político que había emanado de la revolución no se podía consolidar a menos que el país creciera y se desarrollara económicamente, y no antes de que las clases y grupos sociales participantes en la contienda armada conciliaran sus diferencias. El proyecto del Estado de reconstruir el país iba lentamente. Si bien los empresarios extranjeros sabían que a la larga México era una gallina con huevos de oro utilizaron, en connivencia con el Departamento de Estado, la necesidad inmediata que el país tenía de capitales como palanca, o chantaje, para presionarlo y hacerlo desistir de la aplicación de sus nuevas leyes.⁵⁴

1926, USDSARIAM, rollo 90, exp. 812.00B/134; Nicholson, *Dwight*, 1930, p. 307.

⁵⁴ Véase, por ejemplo, la advertencia que hizo a los empresarios la Babson's Statistical Organization de Massachusetts. A través de su medio de comunicación, "Barometer Letter", en 1921 Babson recomendó a los empresarios correr riesgos moderados en su comercio con México para retener a sus clientes y mantenerse en el mercado mexicano porque "está llegando el tiempo cuando México sea uno de nuestros más ricos mercados extranjeros". Roger W. Babson, "Mexico reaching a crisis", Babson's Statistical Organization, Massachusetts, 29 mar-

Al mismo tiempo, la oposición interna al régimen constitucional tendía a aprovechar las contradicciones entre el gobierno mexicano y el estadounidense, y entre aquél y los empresarios extranjeros, para hacerse acreedora de la confianza del exterior y, con la ayuda militar y el apoyo político de fuera, llegar al poder del Estado mexicano. Fue el caso de Adolfo de la Huerta en 1923, y de Gonzalo Escobar en 1929.

Hacia 1927 —combinadas las presiones desde fuera con las amenazas de desestabilización política de adentro, junto con los efectos de los gastos extraordinarios empleados en la guerra Cristera y el decaimiento de las exportaciones que mermaron seriamente los ingresos fiscales y el nivel del gasto gubernamental— el gobierno mexicano perdió momentáneamente la confianza en las posibilidades de poder seguir por el camino trazado.

Por el efecto acumulado de todas las acciones políticas que se sucedieron desde 1925, Calles se convenció de que Estados Unidos estaba decidido a declarar la guerra a México. En anticipación a cualquier acto hostil, el presidente mandó transferir 5 000 soldados de Sonora a Tampico, y pidió a

zo 1921, USDSARIAM, rollo 74, exp. 812.00/933-6.

El embajador mexicano en Washington, Manuel Téllez, le narró varios casos de chantajes al aparentemente asombrado Kellogg. Véase el "Memorandum of conversation between the president of the United States, the secretary of State and the mexican ambassador", 21 marzo 1927, USDSAPRUSM, rollo 7, exp. 711.12/403. Sobre la crisis económica del periodo de 1926-1927, véase Cárdenas, *Hacienda*, 1994, pp. 23-38 y Zebadúa, *Banqueros*, 1994.

sus colaboradores más cercanos—Emilio Portes Gil y los generales Arnulfo Gómez y Lázaro Cárdenas, jefe de operaciones militares en Tampico— que en caso de una invasión incendiaran las propiedades estadounidenses. Además, Calles envió mensajes a las embajadas en el extranjero para que, en vista de las dificultades en las relaciones con Estados Unidos, utilizaran sus fondos para defender la imagen de México.⁵⁵

El Departamento de Estado fue informado sobre las actividades subrepticias en México. Congruente con el enjuiciamiento de que México era un aliado de la Unión Soviética, a principios de febrero de 1927 envió una circular a la embajada y a los consulados para que estuvieran alertas ante la posible llegada de municiones provenientes de la Unión Soviética o de fuentes rusas. Una circular tan absurda no pudo sino provocar respuestas igualmente estrafalarias: desde Guadalajara, el cónsul Dwyre informó que tres estadounidenses le avisaron sobre un cargamento de cajas con armas y municiones que salió de la estación del ferrocarril. Las cajas estaban marcadas con la palabra “ruso”.⁵⁶

De acuerdo también con su percepción distorsionada de la realidad mexicana, Sheffield llegó a creer un rumor fabricado de mala fe sobre Alexandra Kollontay. Se decía que la embajadora soviética arregló la emigración de

1 500 obreros mexicanos a los centros industriales de Estados Unidos “para que estén en estrecho contacto con otros obreros extranjeros y para tratar de imbuirles los principios del comunismo en la esperanza de fomentar el odio contra el capitalismo”.⁵⁷

En medio de esta guerra de propaganda que la prensa y las agencias de espionaje llevaban a cabo, las compañías petroleras seguían presionando al Departamento de Estado para que interviniera en México. A pesar de que las compañías cambiaron a México por Venezuela—de manera que la producción del petróleo disminuyó en 60% entre 1921 y 1927 y México dejó de ser de importancia vital como campo de explotación del hidrocarburo—, era importante ponerle un dique al nacionalismo económico mexicano para proteger sus intereses en el resto de América Latina.⁵⁸

Sin embargo, cuando la política estadounidense hacia México llegó al punto de que el estallido de la guerra entre los dos países parecía una posibilidad real, varios políticos e intelectuales progresistas levantaron su voz para señalar la inmoralidad y el egoísmo de los empresarios y de los funcionarios en el gobierno.

⁵⁷ Sheffield al secretario de Estado, México, 7 febrero 1927, USDSARIAM, rollo 90, exp. 812.00B/158; Seldes, *You*, 1929, p. 384. Seldes, quien trabajó para el *Chicago Tribune*, fue enviado a México para cubrir la supuesta guerra que se esperaba irumpiría en cualquier momento entre los dos países.

⁵⁸ Melzer, “Dwight”, pp. 66-70. El representante de la International Harvester Company compartía el mismo punto de vista. Véase Alex Legge a Kellogg, Chicago, 16 febrero 1927, USDSAPRUM, rollo 6, exp. 711.12/984.

⁵⁵ Melzer, “Dwight”, tesis doctoral, 1979, p. 88; Gómez, *Vida*, 1978, p. 382.

⁵⁶ Dudley Dwyre a Sheffield, Guadalajara, 3 febrero 1927, USDSARIAM, rollo 85, exp. 812.00/28223; Sheffield al secretario de Estado, 4 febrero 1927, México, rollo 85, exp. 812.00/28232.

EPÍLOGO: HACIA LA BUENA VECINDAD

Además del senador por Idaho, William Borah, el respetado y acucioso intelectual y periodista Walter Lippmann trató de corregir el equivocado sentido de la historia de aquellos que veían en la cronología de la revolución mexicana y la revolución bolchevique una correspondencia más allá de la coincidencia en el tiempo y en las causas sociales que las habían inspirado.⁵⁹ El ilustrado Lippmann, quien creía en la superioridad racial de los estadounidenses sobre los latinoamericanos, rechazó sin embargo la posición sostenida por Kellogg y Coolidge de que una vez adquirida una propiedad, su posesión era intocable. Lippmann criticó la postura que, invocando la ley internacional, colocaba los derechos adquiridos por los estadounidenses fuera de Estados Unidos por encima de la soberanía nacional del país huésped. Según él, esta postura de la administración y los empresarios estadounidenses no le permitía al gobierno mexicano llegar a un compromiso sobre el problema que afectaba las relaciones entre los dos países. La Doctrina Kellogg, como Lippmann la llamó, impedía al gobierno mexicano confirmar los derechos de las compañías petroleras porque se oponía al principio de que los recursos eran propiedad de la nación. Ya que el principio constitucional era equivocado, no podía ser corregido —según esta forma de pensar— a través de la reparación material por los daños

que los propietarios estadounidenses habían sufrido.⁶⁰

La posición de Lippmann fue compartida por los demócratas como Franklin D. Roosevelt. Gobernador por Nueva York, Roosevelt añadió su voz de protesta por la lamentable pérdida del liderazgo moral de Estados Unidos a cambio del liderazgo financiero. Roosevelt acusó a las administraciones estadounidenses de la posguerra de haberse aprovechado de la debilidad de los países europeos, postrados por la guerra, a través de los préstamos para su reconstrucción. De manera similar, Roosevelt acusó a Estados Unidos de defender sus intereses financieros en América Latina por encima de la realización de una diplomacia prudente. Urgía un cambio: Estados Unidos debía renunciar a la práctica de intervenir arbitrariamente en los asuntos internos de sus vecinos. Mirando hacia atrás, Roosevelt veía “nueve grises años, desprovistos de resultados positivos por nuestra parte”.⁶¹

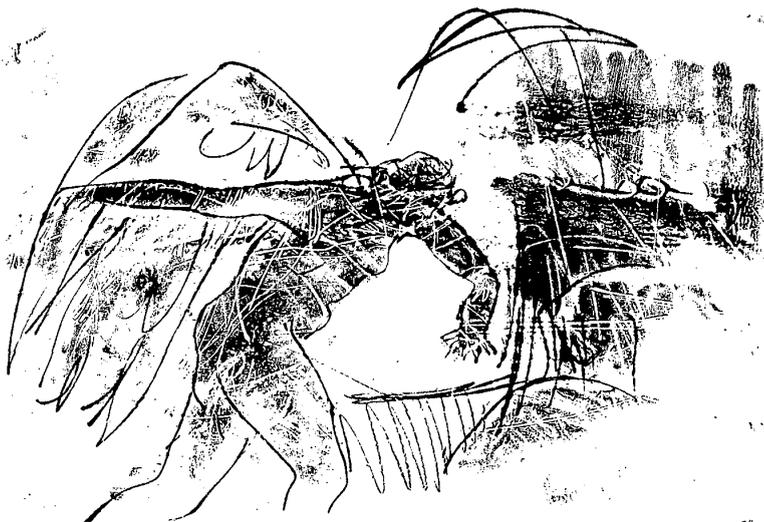
Aún antes de que Herbert Hoover, el presidente republicano de 1929 a 1932, y el presidente demócrata Franklin D. Roosevelt, de 1933 en adelante, sentaran firmemente las bases de la política de la “Buena Vecindad” en América Latina, Dwight Morrow la puso en práctica en México. Morrow fue influido por Lippmann y otros críticos del mal manejo de la política exterior de Estados Unidos.

El primer paso tomado por Morrow al reemplazar a Sheffield como emba-

⁵⁹ Lippmann, “Vested”, 1927, p. 355.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 362-363.

⁶¹ Roosevelt, “Our”, 1928, pp. 583-585.



jador en el otoño de 1927 fue rodearse de periodistas competentes y sin prejuicios para ayudarle a cambiar la imagen de México en Estados Unidos. Además de influir sobre la opinión pública, Morrow cambió el estilo y la calidad de la diplomacia estadounidense en México. En primer lugar, Morrow trajo de Estados Unidos a colaboradores de su confianza quienes hablaban el español y simpatizaban con México. Si bien no cambió a los funcionarios de la embajada, mantuvo un control sobre los despachos que enviaban al Departamento de Estado, y no permitía que salieran mensajes negativos sobre México.⁶²

Morrow rechazó el uso de la fuerza y la premisa sostenida por Kellogg de que los derechos de propiedad adquiridos por los extranjeros fuera de su país estaban por encima de la soberanía nacional. Morrow creía que la política que mejor salvaguardaba los derechos de los estadounidenses era ayudar a que México fuera próspero y estuviera en paz consigo mismo. La independencia económica de México no estaba en contradicción con la protección de los derechos legítimos de los estadounidenses ni con “el escrupuloso respeto a la soberanía de México”.⁶³

⁶² Nicholson, *Dwight*, p. 322; Melzer, “Dwight”, pp. 188-191 y 204.

⁶³ Citado por Ross, “Dwight”, 1958, pp. 510-511.

Sin embargo, Morrow llegó a México con una agenda para resolver los conflictos que durante años habían estado plagando las relaciones entre los dos países. El embajador comprendió que la raíz de los conflictos yacía en la situación económica interna, lo que le permitió quitar a la controversia entre México y Estados Unidos la dimensión internacional y verla como un aspecto del sistema legal mexicano. A pesar de que Morrow fue sólidamente anticomunista, no hizo sus juicios sobre la base de una cruzada contra una ideología que no compartía. Además, el nuevo embajador eliminó de la diplomacia estadounidense la actitud de superioridad racial y cultural. En lugar de enviar notas impersonales a la Secretaría de Relaciones Exteriores, Morrow solía desayunar con el presidente Calles. En realidad, el embajador desplegó gran habilidad en el arte de la diplomacia, de manera que logró ocultar que, de hecho, ejercía una presión sobre los mexicanos.⁶⁴

El primer éxito de Morrow fue la negociada ley sobre el petróleo, mediante la cual el gobierno mexicano confirmó los derechos de explotación que los extranjeros hubieran adquirido antes de la puesta en vigor de la Constitución de 1917. De allí en adelante, los extranjeros debían arreglar cualquier asunto relacionado con sus negocios a través del sistema legal mexicano, no a través de la embajada estadounidense o el Departamento de Estado.⁶⁵ Después de la ley sobre el

petróleo, Morrow se involucró en la disputa entre el Estado y la Iglesia, convencido de que su arreglo era vital para la estabilidad interna de México. A pesar de que las negociaciones fueron tortuosas, en junio de 1929 el clero consintió en abrir las iglesias y, después de tres años de permanecer calladas, las campanas volvieron a resonar por todo el país.⁶⁶

La determinación de Morrow de participar en la reorganización de las finanzas para que el gobierno mexicano pudiera reanudar el pago de su deuda externa sin caer en bancarrota no tuvo el mismo éxito que los dos arreglos anteriores. A principios de 1928 el Comité Internacional de Banqueros en México concluyó un estudio sobre las condiciones económicas y fiscales del país. El comité atribuyó el fracaso de México de adquirir una posición solvente al gasto militar para suprimir la rebelión delahuertista en 1923-1924; a la reducción de los ingresos por la exportación del petróleo, y a la ejecución de la reforma agraria. El reparto de la tierra minaba la confianza de los inversionistas, reducía la productividad e incrementaba el gasto gubernamental.⁶⁷ Con el informe sobre la situación financiera de México en mano, Morrow recomendó al gobierno reducir su gasto, sobre todo el empleado para compensar a los terratenientes expropiados.⁶⁸

Sin embargo, en vísperas de las elecciones presidenciales, y dado que la

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 264-272.

⁶⁵ Clark, "Oil", 1928, p. 605; Ross, "Dwight", pp. 514-515.

⁶⁶ Ellis, "Dwight", 1958, pp. 482-505.

⁶⁷ Sterrett y Davis, "Fiscal", Nueva York, 25 mayo 1928, p. 258.

⁶⁸ Melzer, "Dwight", pp. 258-264.

base social del candidato estaba sobre todo en el campo, el propio Obregón declaró que la recomendación del embajador estadounidense era inoportuna.⁶⁹ El 17 de julio de 1928 Obregón fue asesinado.

Calles y sus allegados sabían que los obregonistas y las fuerzas agrarias necesitaban ser compensadas por la pérdida de su dirigente para que la paz se mantuviera en el país. Calles seleccionó a Emilio Portes Gil como presidente interino con el objetivo de llenar aquella necesidad. En realidad, la trayectoria agraria y política de Portes Gil chocaba con el proyecto de política económica sugerido por Morrow y aceptado por Calles y su secretario de Hacienda. Sin embargo, en ese momento la lealtad del ex gobernador tamaulipeco hacia los dos sonorenses tomó prioridad sobre la prudencia en materia agraria, que el ahora ex presidente y “Jefe Máximo” quiso que el país siguiera.

Portes Gil eligió como sus colaboradores al ingeniero Marte R. Gómez y a Ramón P. de Negri en la secretaría de Agricultura y en la de la Industria, Comercio y Trabajo respectivamente. Haciendo caso omiso de las recomendaciones de Morrow, y contrario a lo que le encomendara Calles, Portes Gil renovó y aceleró el ritmo de la reforma agraria.⁷⁰

⁶⁹ Gruening, *México*, 1928, pp. 150-152; Meyer, *Historia*, 1980, pp. 173-177; Melzer, “Dwight”, p. 296.

⁷⁰ La política agraria del gobierno de Portes Gil se puede consultar en Dulles, *Yesterday*, 1967, p. 394; Meyer, Segovia y Lajous, *Inicios*, 1981, pp. 235-236.

Varias semanas después de haber iniciado Portes Gil su gestión al frente del gobierno mexicano, algunos periódicos estadounidenses, los agentes del servicio de inteligencia, el personal de la embajada de Estados Unidos y el propio Morrow se alarmaron por la aceleración del reparto agrario y el empleo en el gobierno de secretarios de reputación radical. Mientras que el *Washington Post* se preocupó por el lenguaje del presidente, que “se parecía demasiado al lenguaje empleado por los gobernantes rusos”, Morrow volvió a inquietarse porque el reparto se llevaba a cabo sin ajustarlo a la capacidad del gobierno de indemnizar a los dueños expropiados de la tierra.⁷¹

En vano Morrow buscó la forma de moderar el ritmo del reparto agrario sin que se le acusara de interferir en los asuntos internos de México. El embajador envió a sus colaboradores para “instruir” a los secretarios de Agricultura y de Comercio en el manejo de las finanzas gubernamentales. Repentinamente, sin embargo, su preocupación por las finanzas fue relegada a segundo plano a causa de la rebelión militar que el general obregonista José Gonzalo Escobar encabezó en marzo de 1929. Sin vacilar, Morrow arregló un envío de armas y municiones estadounidenses para el ejército leal al gobierno. La rebelión fue derrotada en menos de tres meses.

⁷¹ Schoenfeld al secretario de Estado, México, 28 de enero de 1929, USDSARIAM, folio, 89, exp. 812.00/29393; *The Washington Post*, 20 de febrero de 1929; Melzer, “Dwight”, pp. 380-381.

Durante la estancia de Morrow en México, las relaciones comerciales entre los dos países se multiplicaron. Las corporaciones como Ford, J. G. White y la ITT habían empezado sus negocios antes de que llegara Morrow, pero con su ayuda otras empresas aprendieron a trabajar en México y a respetar sus leyes. En agosto de 1929 el mayor banco privado, National Bank de Nueva York, abrió sus oficinas en la ciudad de México. La United Fruit Company comenzó a invertir en Veracruz y Oaxaca y la industria de aviación y la Electric Bond & Share Company empezaron a investigar las posibilidades de invertir en México. En 1930 México contaba con el mayor número de filiales estadounidenses de empresas manufactureras en toda América Latina.⁷²

Morrow dejó su puesto como embajador en México en septiembre de 1930. Algunos estadounidenses pensaron que el embajador había atendido mejor a los mexicanos que a los intereses de ellos. Después de que Morrow se fue de México, los representantes de las grandes compañías petroleras volvieron a confiar en que los infantes de marina derrocarían al gobierno mexicano. En contraste, los banqueros y las compañías pequeñas, junto con la AFL, sabían que se podía lograr más con la zanahoria que con el garrote. Los comerciantes, sobre todo, se preocupaban más por sus ganancias, la estabilidad y la seguridad de sus inversiones que por diferencias ideológicas. Estos empresarios estadounidenses se beneficiaron de la gestión de Morrow.

⁷² Melzer, "Dwight", pp. 569-599.

Calles y sus allegados recibieron con beneplácito la diplomacia de Morrow. Después de la revolución, de las repetidas asonadas militares, de la guerra Cristera y de diez años de presiones políticas de Estados Unidos, el país estaba drenado de energía material. Para 1927 los callistas aceptaron la realidad geopolítica de México en la esfera de influencia de Estados Unidos, aunque seguían rechazando la intolerancia del país vecino. La diplomacia de Morrow les inspiró la confianza de poder convertir la relación de desigualdad material y de diferencias culturales entre México y Estados Unidos en una relación de respeto y asociación.

Finalmente, si no en todo lo que se propuso, la diplomacia de Morrow en México fue exitosa no sólo por su *savoir faire* y por el cambio de política exterior llevado a cabo por el gobierno de Estados Unidos, sino porque el gobierno mexicano había sido acobardado por varios años de intimidación y amenazas de guerra. El éxito de los estadounidenses se debió en parte también al temor del gobierno mexicano de que si seguía resistiendo a las presiones —dada la inestabilidad política interna y la creciente debilidad económica—, el Estado podría perder el poder, ya fuese derrocado por los mercenarios mexicanos de Estados Unidos o por el gobierno estadounidense directamente. Es contra este telón de fondo que hay que entender que en 1927 el gobierno de México consideró a Dwight Morrow como un embajador de la "buena vecindad", no obstante de que resultó ser un intruso en los asuntos internos del país.

CONCLUSIONES

Estados Unidos tuvo una influencia incontestable sobre el curso y el ritmo de la revolución mexicana durante los años veinte. México no podía dejar de depender de la economía estadounidense; sin embargo, los gobiernos revolucionarios buscaron la manera de desasir sus decisiones políticas de las económicas. Defender la Constitución de 1917 equivalía a la protección de la soberanía de la nación; defenderla de los ataques estadounidenses era igual que proteger a la nación de la interferencia extranjera en los asuntos internos de México, aun a costa de la pérdida de confianza de algunos inversionistas.

Estados Unidos concibió el esfuerzo de los países menos desarrollados por lograr el pleno dominio sobre sus economías y decisiones políticas como dañinas a sus intereses cuando se oponía, en lugar de complementarlo, al sistema económico capitalista que encabezaba. Considerándose en un estado de civilización superior a los países que desafiaban el sistema sobre el que supuestamente descansaba el progreso de su grandeza, durante los años veinte Estados Unidos defendió sus intereses por medios legales pero también por medios ilegítimos. Al coadyuvar a la inestabilidad política en México, Estados Unidos perdió no sólo la credibilidad dentro y fuera del país, sino oportunidades de inversión y de expansión comercial. Por su parte, las incesantes interferencias en sus asuntos internos a lo largo de los años veinte convencieron al gobierno mexicano de que su desarrollo económico y su estabilidad política eran insepara-

bles del mantenimiento de buenas relaciones con Estados Unidos, aunque sacrificara una parte de su soberanía.

BIBLIOGRAFÍA

-Carr, Barry, *Marxism and communism in twentieth-century Mexico*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska, 1992.

-Cárdenas, Enrique, *La hacienda pública y la política económica, 1929-1958*, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

-Clark, J. Reuben, "The oil settlement with Mexico", *Foreign Affairs*, núm. 4, julio 1928, pp. 605-617.

-Clissold, Stephen (comp.), *Soviet relations with Latin America, 1918-1968*, Oxford University Press, Londres, 1970.

-Davis, David Brian (comp.), *The fear of conspiracy: Images of unamerican subversion from the revolution to the present*, Cornell University Press, Ithaca, 1971.

-Dillon, Emile, *Mexico on the verge*, George H. Doran, Nueva York, 1921.

_____, *President Obregon: A world reformer*, Small, Maynard and Co., 1923.

-Draper, Theodore, *American communism and Soviet Russia*, Vintage Books, Nueva York, 1986.

-Dulles, John, D. W., *Yesterday in Mexico: A chronicle of the revolution, 1919-1936*, University of Texas Press, Austin, 1967.

-Ellis, Ethan L., *Frank B. Kellogg and american foreign relations, 1925-1929*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1961.

_____, "Dwight Morrow and the Church-State controversy in Mexico", *Hispanic American Historical Review*, vol. 38, núm. 4, noviembre 1958, pp. 482-505.

-Filene, Peter, *Americans and the soviet experiment, 1917-1933*, Harvard, Cambridge University Press, 1967.

- _____, *American views of Soviet Russia, 1917-1965*, The Dorset Press, Homewood, Illinois, 1968.
- Foner, Eric, *U.S. labor movement and Latin America: A history of workers' response to intervention, 1846-1919*, vol. 1, Begin and Garvey, Boston, 1988.
- Fried, Richard M., *Nightmare in red: The McCarthy era in perspective*, Oxford University Press, Oxford, 1990.
- Gaddis, John Lewis, *Russia, the Soviet Union and the United States: An interpretative history*, McGraw Hill, Nueva York, 1990.
- Gardner, Lloyd C., *Safe for democracy: The anglo-american response to revolutions, 1913-1923*, Oxford University Press, 1984.
- Gilderhus, Mark, *Diplomacy and revolution: U.S.-mexican relations under Wilson and Carranza*, The University of Arizona Press, Tucson, 1977.
- Gómez, Marte R., *Vida política contemporánea. Cartas de Marte R. Gómez*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- _____, "Senator Albert Fall and the plot against Mexico", *New Mexico Historical Review*, vol. 48, núm. 4, 1973, pp. 229-311.
- Grew, Joseph, *Turbulent era: A diplomatic record of forty years, 1904-1945*, Hammond, Londres, 1953.
- Gruening, Ernest, *Mexico and its heritage*, The Century, Nueva York, 1928.
- Guzmán Esparza, R., *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*, Ed. Esparza, México, 1957.
- Haynes, Keith Allen, "Order and progress: The revolutionary ideology of Alberto J. Pani", tesis doctoral, Northern Illinois University, DeKalb, 1981.
- Heale, M. J., *American anticommunism: Combating the enemy within, 1830-1970*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1990.
- Heinrichs, Waldo H., *American ambassador: Joseph C. Grew and the development of the United States diplomatic tradition*, Oxford University Press, Oxford, 1986.
- Hofstadter, Richard, *The paranoid style in american politics and other essays*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1965.
- Horn, James, "El embajador Sheffield contra el presidente Calles", *Historia Mexicana*, vol. xx, núm. 2, 1970, pp. 265-284.
- _____, "U.S. diplomacy and the specter of bolshevism in Mexico, 1924-1927", *The Americas*, vol. 32, núm. 1, 1975, pp. 31-45.
- Hunt, Michael, *Ideology and U.S. foreign policy*, Yale University Press, New Haven, 1987.
- Jones, Rhodri Jeffreys, *American espionage: From secret service to CIA*, The Free Press, Nueva York, 1977.
- Knight, Alan, *U.S.-mexican relations, 1910-1940: An interpretation*, Centre for U.S.-Mexican Studies, San Diego, 1987.
- Knightley, Phillip, *The second oldest profession: Spies and spying in the twentieth century*, W. W. Norton, Nueva York, 1986.
- Leuchtenberg, William, *The perils of prosperity, 1914-1932*, The University of Chicago Press, Chicago, 1958.
- Link, Arthur (comp.), *Woodrow Wilson and revolutionary world, 1913-1921*, University of North Carolina, Chapel Hill, 1982.
- Lippmann, Walter, "Vested interests and nationalism in Latin America", *Foreign Affairs*, vol. 5, núm. 3, abril 1927, pp. 327-356.
- Melzer, Richard, "Dwight Morrow's role in the mexican revolution: Good neighbor or meddling yankee", tesis doctoral, University of New Mexico, Albuquerque, 1979.
- Meyer, Lorenzo, *Su Majestad Británica contra la revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, El Colegio de México, México, 1991.
- _____, *Historia de la revolución*

mexicana, 1928-1934. *El conflicto social y los gobiernos del maximato*, El Colegio de México, México, 1980.

_____, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Historia de la revolución mexicana, 1928-1934. Los inicios de la institucionalización*, El Colegio de México, México, 1981.

-Montgomery, David, *The fall of the house of labor: The workplace, the State, and american labor activism, 1865-1925*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

-Nicholson, Harold, *Dwight Morrow*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1930.

-Painter, Nell Irvin, *Standing at Armageddon: The United States, 1877-1919*, W. W. Norton, Nueva York, 1987.

-Power, Richard Gid, *Secrecy and power: The life of J. Edgar Hoover*, Macmillan, Nueva York, 1987.

-Raat, W. Dirk, *Revoltosos: Mexico's rebels in the United States, 1903-1923*, Texas A & M University Press, College Station Texas, 1981.

-Riguzzi, Paolo, "México, Estados Unidos y Gran Bretaña, 1867-1910: una difícil relación triangular", *Historia Mexicana* 41, núm. 3, enero-marzo 1992, pp. 365-436.

-Roosevelt, Franklin D., "Our foreign policy: A democratic view", *Foreign Affairs*, núm. 4, julio 1928, pp. 581-612.

-Rosenberg, Emily, *Spreading the american dream: American economic and cultural expansion, 1890-1945*, Hill and Wang, Nueva York, 1982.

-Ross, Stanley, "Dwight Morrow and the mexican revolution", *Hispanic American Historical Review*, vol. 38, núm. 4, noviembre de 1958, pp. 506-528.

-Schultz, Lars, *National security and United States policy toward Latin America*, Princeton University Press, Princeton, 1987.

-Seldes, George, *You can't print that: The truth behind the news, 1918-1928*, Payson and Clark, Nueva York, 1929.

-Singer, Alan, "Communists and coalminers: Rank-and-file organizing in the united mine workers of America during the 1920s", *Science and Society*, vol. 55, núm. 2, 1991.

-Smith, Robert Freeman, *The United States and revolutionary nationalism in Mexico, 1916-1932*, University of Chicago Press, Chicago, 1972.

-Tulchin, Joseph, *The aftermath of war: World War I and U.S. policy toward Latin America*, New York University Press, Nueva York, 1971.

-Williams, William Appleman, *America confronts a revolutionary world: 1776-1976*, William Morrow, Nueva York, 1976.

-Wilson, Joan Hoff, *Ideology and economics: U.S. relations with the Soviet Union, 1918-1933*, University of Missouri Press, Columbia, 1974.

-Zebadúa, Emilio, *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México, 1914-1929*, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

